

EL COCHE Y EL AUTOMÓVIL

En los salones y fiestas del Vedado, a los novedosos compases del fox-trot rítmico y sincopado que suplantaba la suave cadencia del danzón y las aladas vueltas del vals, los nuevos ricos arribados con el brisote de bonanza bélica que soplaba desde la Vieja Europa, sacudida por la primera guerra, accedían al gran mundo elegante, codeándose con los remanentes de la empobrecida aristocracia, aposentada en el Cerro. Los colonos enriquecidos se iniciaban en la vida urbana, a costa de risibles experiencias a la par que de gruesas sumas. Asimismo, en febrero de 1917 Menocal remataba su brava electoral derrotando en la manigua con las fuerzas militares el alzamiento de los liberales. Pero, mientras tanto, en la capital se efectuaba otra revolución: la de los motores de gasolina. Estos ruidosos vehículos de autopropulsión, principalmente de marcas europeas, habían empezado a llegar en exiguas cantidades, adquiridos por algunas personas pudientes, más de una década antes de 1914. Hasta esa fecha, sin embargo, los coches conservaban aún el predominio. A los transeúntes de Obispo y O'Reilly todavía les era dable escuchar, a la sombra de los toldos extendidos de lado a lado, el amortiguado sonido de los cascos tecleando sobre el adoquinado de madera las últimas cuartillas de una larga historia, punteada por el celestial tintineo de los timbres. El *fiacre* criollo prevalecía sobre el *taxi*, hartamente escaso para detener en las márgenes del Almendares, como en las del Marne, a un ejército germánico. Pero si bien el conflicto bélico

contuvo la llegada de automóviles europeos, el mismo favoreció la invasión de los norteamericanos, victoriosa ya en el mercado de los particulares, se apercebían a penetrar la plaza de los alquileres, mediante una máquina buena y barata, aunque no bonita: el Ford.

En las calles se libró una lucha cruenta y tenaz, mientras en los elegantes paseos del Prado cruzaba con persistencia en su charolado coche su letal palidez la misteriosa dama conocida por «la muerta viva», como aparición de tiempos mejores. El último superviviente de esta contienda, el famoso «Malanguita», siguió transitando en el pescante de su vetusto coche, tirado por esquelético y encorvado jamelgo, hasta hace pocos años. Haciendo eco al conflicto de ultramar, los cocheros se denominaron «aliados» y los choferes, «alemanes», ulteriormente también conocidos como «fotingueros». Para competir con las ruedas del progreso, aquéllos bajaron su tarifa a diez centavos, y éstos la mantuvieron a solamente una peseta. En torno de este episodio histórico hay un notable cuento, titulado «Aliados y alemanes». Aquí Lino Novás Calvo, uno de nuestros escritores de más garra y nervio, esboza un pequeño cuadro que abarca, sin embargo, toda la contienda sobre el punzante telón de fondo de los misérrimos estratos sociales en que se desarrolla el drama, con ese realismo populista que floreció con exuberancia durante la década de los treinta en toda Hispanoamérica, siendo su procedencia norteamericana, empero, al par que las otras tendencias del autor. Más que anécdota, su indubitable ingrediente autobiográfico, es sustancia vivida.

Con sencillez rayana en lo elemental, que a veces hace parecer impropias ciertas finuras de matiz, el relato se estructura con incisivos rasgos sintéticos. Los personajes están reducidos a tres protagonistas de primer plano, representativos sin derivar hacia un esquematismo demasiado

simbólico. El viejo Pedralves, cochero, encarna la clase que periclitaba; Tilburí la que surgía y su hijo la que debía sucederle en virtud del ineluctable avance técnico. Al principio los cocheros parecen tener las de ganar, con sólo ponchar las gomas, talón de Aquiles de los autos. No obstante, éstos se multiplican y gozan del amparo de las autoridades. Además se les encimaban a los coches, espantando a los caballos con los ronquidos de las bocinas. A ratos la pugna se tornaba tumultuosa, con furia semejante a la de los obreros arremetiendo contra las máquinas cien años atrás, a raíz de la mecanización de la industria. Con todo Pedralves, a pesar de su pasado anarquizante, era contrario a la violencia. Mas, una bomba hace saltar el Ford de Tilburí, quien mata luego al autor del atentado. Pedralves asume la responsabilidad del homicidio, tras de encomendarle a Tilburí el cuidado de su propio hijo, que él había recogido y criado, en la medida de sus pobres medios desde pequeño.

Lino Novás Calvo presenta sin ñoñerías sentimentales al noble anciano, procediendo simplemente como quien comprende que su causa está perdida y debe retirarse para el bien de todos. Tampoco sermonea. El abandono de una criatura, hecho harto frecuente en Cuba, en el caso del hijo de Tilburí, el cual no sabía siquiera a punto fijo quién era su padre, parece más bien un atisbo de las costumbres imperantes en las clases carentes de instrucción a la par que de medios adecuados de subsistencia, miseria que también se refleja en los niños que juegan en los cenagales alledaños y mueren por racimos. El impacto de tales datos apuntados a secas no sería mayor si fuesen decantados. Igual medida se advierte en el empleo de los localismos, las palabrotas y las repercusiones sociales de la derrota de los cocheros. «Se veía que los caballos enflaquecían, y los cocheros tomaban un aire triste, y hablaban en voz sorda y baja en pequeños grupos, como conspiradores, en la

piquera, en la fonda, en la bodega. El odio era contra los fores.» «Tilburí había sido también cochero, antes de que los fores echaran tanta cría. Entonces malbarató el coche, regaló los caballos... y compró un fotingo. Fue en ese entonces cuando todos los cocheros dejaron de reír al entrar Tilburí insultando a todo el mundo.» «Yo adoraba ya a Tilburí, porque era el hombre que sabía manejar la máquina, y ésta era un dios.» «Los cocheros de coches viejos y caballos esqueléticos se arruinaban, y cuando más iban a menos, menos carreras había.» «La mayor parte de los hombres de aquel solar vivía de los coches: preparándolos, reparándolos, curando los caballos, haciendo aparejos.» La impotencia de las virtudes y las armas humanas ante la fría fuerza superior del destino decretado por el progreso imparte al desarrollo de este cuento una inexorable corriente trágica, donde el vencido distancia en talla al vencedor.

LA DANZA DE LOS MILLONES

La danza de los millones, un tanto pomposamente clasificada como «novela histórica» por su autor, Rafael A. Cisneros, es una obra que a despecho de su acusado diletantismo resulta significativa para quien desea seguir los avatares de la república. El hecho de ser la única que trata de un período sumamente crítico le acrecienta el valor. Su tema es la repercusión social de la súbita cuanto fabulosa Jauja con la aún más brusca y vertiginosa depresión que produjo en el país la rápida alza hasta un nivel inusitado del precio del azúcar, causada por la primera guerra mundial, asunto del que un Zola, un Upton Sinclair o un John Dos Passos hubieran sacado, cada cual a su manera, un partido extraordinario. El autor, un venezolano «aplatanado», recoge sin embargo algunas palpitaciones verídicas dentro de una supuesta nueva forma literaria que no es sino una variante de la excéntrica modalidad de Vargas Vila, entre cuyas innovaciones está, según reza el prefacio de sus editores hamburgueses, la de «escribir líneas cortas cuando el pensamiento es corto; y líneas largas cuando aquél es largo», así como la de violar deliberadamente ciertos preceptos gramaticales: y en algunos pasajes en torno a la vida campesina se insinúan cadencias de décima. Pese a su notoria ingenuidad, la fluidez del estilo delata la presencia de un escritor que, con mayor madurez, hubiese logrado quizá acoplar la solidez y la originalidad con desenvoltura. De todos modos, tuvo el tino de querer no-

velar aquel extraordinario período de tan sólo dos o tres años de duración, en el que los guajiros repentinamente enriquecidos iban a las joyerías a comprar libras de perlas como si se tratara de arroz. He aquí cómo el autor se expresa al respecto: «El obrero era el rey y el amo: orgulloso andaba por las calles con su tabaco entre la boca y sus billetes en la bolsa. Había que suplicarle para obtener su concurso y estaba de moda entre ellos el hacer rabiar a los ricos, abandonando los trabajos, por encontrar sobrada contrata en todas partes y a precios de locura. Surgieron en toda la isla millonarios, capitalistas, caciques populacheros y una millarada de propietarios de nuevo cuño que no sabían ponerse una corbata ni siquiera llamar por teléfono a sus amigos de cumbancha danzarina.»

La novela es en exceso alegórica. A fuerza de ser tipos en situaciones típicas, los personajes devienen generalizaciones demasiado abstractas, de suerte que todo resulta muy esquemático. El guajiro cuya hija quiere raptar el poderoso administrador del ingenio, se llama, incluso, «Liborio», y su hijo, Homobono. Dejemos hablar a Rafael A. Cisneros: «Don Luis... un mal cubano perteneciente a la más alta chusma de eso, borroso y siniestro, que el vulgo llama con desprecio “la aristocracia de arriba”... Yeyo era la aristocracia de “abajo”. Y Liborio y los suyos eran la Cuba de verdad, la Cuba honrada y fuerte: la de 1868 y la de la epopeya gloriosa de 1895. Un verdadero contraste de águilas y gusanos.» Nótese el sabor vargasvilescos de la última frase. El administrador se venga de la resistencia de la joven guajira a sus avances, incendiando la siembra de caña del colono. «Los cañaverales arden tan fácilmente que el incendio de ellos en Cuba es cosa corriente y siempre vista. El colono tiene siempre una esperanza blanca: la zafra. Y tiene también un temor negruzco: el incendio de su caña.» El guajiro de marras es un liberal activo, así como los peones, los cuales han participado en la llamada guerrita de febrero de 1917 al lado

de José Miguel Gómez, y murmuran contra el administrador del ingenio, que es conservador al tiempo que se solidarizan con el colono. «¡Ah! ¡Si José Miguel gobernase!» suspiran esos «chambeloneros» que arriesgaron su pellejo por ese cacique político. El doctor Albano, representante liberal, defiende la causa de Liborio. En medio del escándalo nacional, mientras le conduce a Palacio para que Mario G. Menocal, presidente conservador, resuelva patriarcalmente la cuestión, los periódicos anuncian la repentina subida del precio del azúcar a veintitrés centavos libra: la fortuna ha venido en auxilio del campesino, y el administrador del ingenio se ve obligado a pagarle la impresionante suma de cien mil pesos por su colonia. Desde luego que el doctor Albano retiene una comisión de veinte mil pesos.

Había comenzado para Cuba con increíble pujanza y magnitud la prosperidad que todos los pueblos anhelan. La fortuna vertía sobre la patria el dorado contenido de una enorme cornucopia. Los cubanos, perplejos y confundidos al principio, no tardaron en desbordarse como niños dejados solos y libres ante una mesa repleta de golosinas. Hacia la capital convergían con los bolsillos atiborrados de oro y billetes los otrora humildes colonos para despilfarrar la riqueza que inopinadamente les habían deparado con largueza acontecimientos que les eran ajenos y remotos, de índole y alcance que muchos ni siquiera acertaban a comprender plenamente. El dinero salía de las bolsas con la misma facilidad con que había entrado, y los cubanos creían llegada la hora del desquite, a la vuelta de un siglo de opresión, sangre y miseria bajo el yugo colonial y tres lustros de frustraciones republicanas. Pocos pensaban que la bonanza podía terminar. También los hacendados criollos, como Ricardo en *Los ciegos* de Loveira, ampliaban y modernizaban sus ingenios a fin de engrosar sus ganancias, y se

instalaban en La Habana. Otros, menos emprendedores y más apurados, vendían a precio nunca soñado sus tierras e industrias. En la barriada del Vedado surgían como setas, a un costo exorbitante, palacetes enormes cuanto pretensiosos, pero de dudoso gusto. Lo primero que hizo Liborio fue comprarse uno, así como un flamante automóvil y darse al boato, secundado con entusiasmo por su hijo Homobono.

Querían compensar los años de privaciones entregándose al derroche más vertiginoso; vivir como señores a fin de borrar el recuerdo de las humillaciones sufridas como colonos que dependían para la venta de su caña del despótico administrador del ingenio. Su hija Tatá, empero, no perdió los estribos, prefiriendo la paz y el trabajo de una sana vida campesina al boato de la capital. Así, a despecho de la oposición de su padre, se casa con el guajiro Bibiche, asentándose con él en una finca de las cercanías de Guanajay. En cambio, Homobono corteja la hija díscola y consentida de un caudillo liberal, el general Botello, la cual le engatusa para encubrir un escándalo que ha protagonizado y con miras a resolver la precaria situación económica del padre.

Mientras tanto, los conservadores siguen disfrutando del poder. Mas, la prosperidad no era óbice para que los liberales prosiguieran desde la prensa y demás medios de propaganda su campaña opositora. De súbito, se produce en la Bolsa de Nueva York una baja vertical en el precio del azúcar, que pasa de veinticuatro centavos la libra a tan sólo uno y medio. Lo grave era, según se decía, que los norteamericanos rehusaban comprarnos la zafra próxima, en venganza por los altos precios cobrados anteriormente. Ello significaba la interrupción brusca y brutal del dorado período de Jauja. El Banco Nacional redujo primero, y suspendió luego, los pagos. Una tras otra quebraban las instituciones bancarias que habían comprado el azúcar a dieciocho centavos. Los

depositantes hacían cola ante las taquillas o se agolpaban frente a las puertas cerradas, reclamando en vano sus haberes. La ruina fulminó la población, rica y próspera la víspera. Pero, conforme declara el «aplatanado» Rafael A. Cisneros, el cubano «es un ser raro; delicioso y atrayente, que tiene la virtud de estar alegre aun en medio a los dolores y la tristeza». «A pesar de la fiera crisis que ahora azotaba a Cubita bella, no faltaban en los rotativos estupendas caricaturas que hacían morir de risa al que en ellas ponía sus ojos.» En efecto, «no quedaba títere con gorra», pero los más preferían poner «a malos tiempos buena cara». Mientras tanto, las maniobras políticas proseguían sin desmayo. José Miguel Gómez encabezaba sus hordas populacheras, al paso que Menocal, viendo declinar su prestigio, concertaba una alianza con Zayas y sus «cuatro gatos», al compás de

*Tiburón no va,
no va, no va, no va!
Y ahí viene el chino Zayas
Con la Liga Nacional...*

Los liberales ripostaban con su ya tradicional «Aé, aé, aé, la Chambelona...» Como se sabe, la coalición ganó las elecciones y José Miguel se retiró de la política.

El manirroto Liborio es despojado de sus bienes por los acreedores. El general Botello, en precario y vencido en las elecciones, embarca para los Estados Unidos, no sin anular antes el compromiso entre su hija y Homobono, el cual ya no resulta un buen partido, pero el matrimonio se realizará más tarde en las más absurdas circunstancias de tipo Hollywood. En este torbellino Bibiche, asistido de su mujer, tiene ribetes de triunfador, ya que ha conservado su tierra y los frutos menores a cuyo cultivo se dedica, constituyen el único producto que alcanza un precio remunerativo en el mercado.

Así termina *La danza de los millones*, trama elemental con actuación de personajes hartos convencionales; recuento ingenuo y limitado, pero único, de una peripecia inolvidable de nuestra existencia nacional.

LA ÚLTIMA LECCIÓN

Acaso lo que más merece retenerse de *La última lección* de Carlos Loveira es el desnivel cultural entre el hombre y la mujer, aún existente en los primeros años del tercer decenio de la república. El resto es de secundaria importancia, si excluimos el fárrago de relleno cuyo valor es francamente nulo. La novela ganaría mucho si se desecharan las redundancias machaconas y la gran copia de trivialidades que la abultan. Aquí, como en todas sus obras, Loveira pormenoriza demasiado so pretexto de realismo, y se regodea pintando minuciosamente escenas sexuales carentes de interés a fin de probar, quizá, que no se arredra ante nada cuando se trata de presentar sin prejuicios toda la verdad. Lo cierto es, también, que el donjuanismo criollo hacía que los novelistas de la época se preciaran de ser cate-dráticos en cuestiones amorosas, no dejando pasar una oca-sión para demostrar sus conocimientos de los resortes supuestamente secretos de la mujer que, de hecho, son de sobra conocidos; y Loveira sobrepasa a todos los demás en este sentido. Se trata, hasta cierto punto, de compensar las propias frustraciones, y el resultado es contraproducente, ya que la pretendida madurez se trueca en risible puerili-dad. El autor quiere presentar a los «erotómanos» —según él mismo los denomina— del trópico, excitados por el cli-ma y obsedidos por el deseo insatisfecho por motivos so-ciales. El caso resulta obvio para el sicoanalista, pero lo malo es que el escritor se toma demasiado en serio cuando la

ridiculez pide una caricatura. Así, pues, habría que depurar reiteraciones superfluas al par que tediosas, no tanto por pudibundez como en nombre de la estética. Añadamos que aquí el autor se ha excedido hasta convertir su obra en una vulgar novela erótica plagada de cursilerías, incluyendo las científicas, al extremo que las hijas del doctor le preguntan a su padre cómo sigue de su «cefalalgia» en lugar de decir simplemente «dolor de cabeza», término aquél de todo punto digno de «fotofobia», palabra empleada por el propio autor para significar «deslumbramiento» en *Los inmorales*.

La novela no deja de ser, sin embargo, interesante, como todas las de Loveira, para quienes escudriñan los cambios de la fisonomía social de la república. Al través de la misma puede apreciarse cuánto han evolucionado la condición y la personalidad de la mujer cubana, que a la sazón no pasaba de ser una muñeca destinada a agradar al hombre. A ello se deben en gran parte, sin lugar a dudas, las tribulaciones del personaje central, un viudo cincuentón que anhela colmar los años que le quedan de vida erótica. Médico distinguido que se ha retirado con un apreciable caudal de ahorros, posee los recursos personales y económicos necesarios para satisfacer a plenitud su deseo. Demasiado fino para conformarse con una mujer vulgar, busca una compañera sensible y medianamente culta.

Pero he aquí la tragedia: nuestra sociedad galante de entonces no está en grado de brindársela. Creyendo sin embargo que La Habana se ha tornado suficientemente cosmopolita para ello, se prenda de una presunta emigrada rusa que conoce en una muy selecta academia de baile. Ella parece reunir todos los requisitos: belleza física, finura espiritual, educación y sugestivo interés exótico. La hábil cortesana, que embauca al galeno soñador, resulta ser no más que una hermosa cubana de Cienfuegos. Después de gas-

tarse con ella una pequeña fortuna y estar a pique de hacerla su esposa, él logra, empero, salvarse a tiempo. Su papel luce, por supuesto, un tanto grotesco, como lo es siempre el del hombre maduro que se empeña en ignorar el veredicto de los años, conservando las ilusiones de la juventud. La peripecia conlleva, no obstante, lamentables inferencias en lo tocante al grado de nuestra evolución social de la época, ya que tampoco la cincuentena implica un descreimiento absoluto. El ambiente habanero de entonces debió ser asaz desolado para un hombre deseoso de encontrar una compañera capaz de compartir su vida interior en el plano intelectual a más del sentimental, que en éste sí las había: eran las lectoras de Marcel Prévost, pero los hombres también leían a Zola, Goncourt, Nordau... Y a propósito de novelas francesas: en éstas sí que existían ligazones basadas en la comprensión, similitud de ideales y afinamiento espiritual. Nuestra pobreza en ese campo por aquel entonces está corroborada por el caso de Clara en *Los ciegos*, la cual, sin bien cumple tan cabalmente su cometido de consorte extramatrimonial que deviene esposa legal al enviudar Ricardo, el inicio de su ligazón no deja de ser fundado en un vulgar trato de conveniencia monetaria. Lo curioso es que Loveira, pese a sus ideas avanzadas y su defensa de la emancipación económica de la mujer, ridiculiza el feminismo entonces incipiente en Cuba, con alusiones a *La Garzona*, a la sazón en boga. Y es que el novelista de marras, salvo en *Los inmorales*, delata algún resentimiento, acaso debido, precisamente, a la condición de la mujer en la sociedad que conoció.

ADOLESCENCIA DE LA REPÚBLICA

La moratoria y bancarrota de 1920 fueron para el país el último eslabón de una cadena de tremendas frustraciones, un golpe brutal y anonadante. La nación entera quedó perpleja y aturrida, sin saber calibrar de primer intento el verdadero alcance del suceso, lisonjeándose de que se trataba tan sólo de un contratiempo pasajero. Mas, poco a poco, las dolorosas implicaciones de la lección se hicieron palpables, destilando un insidioso veneno que engrosaba la corriente de pesimismo, corroedora del ánimo de la república desde su nacimiento. La Enmienda Platt al disminuir su personalidad exterior, la concesión de estaciones carboneras que arrancaban jirones de su cuerpo y la intervención que vapuleó su soberanía interior, menguaron la fe en la independencia. Tras la ansiedad del período pre-republicano y la Constituyente, la angustia de la Enmienda y la humillación intervencionista, muchos cubanos creyéronse incapaces de gobernarse a sí mismos y, si bien veían pasar a manos extranjeras gran parte de sus bienes, contaban con la posibilidad de ir levantando su propia economía al lado de las empresas foráneas. Ahora, sin embargo, hasta esa postrer esperanza se nublabá, y su puesto en su propia tierra — que ya no iba siendo suya — parecía contraerse al del burócrata gubernamental o mercantil, a las órdenes de un caudillo político criollo o al servicio de compañías norteamericanas, ya que los comerciantes españoles preferían emplear a sus compatriotas. Arraigóse así ese escepticismo que ya vimos refleja-

do en novelistas como Loveira, Carrión, Cabrera y Luis Felipe Rodríguez, y en pensadores como Varona y Sanguily. La actitud se tornó francamente derrotista con la presencia del observador Enoch Crowder, motivada por una apelación de los propios liberales, temerosos de que unas elecciones amañadas diesen al traste con sus aspiraciones políticas. Los cubanos se sonrojaban al ver que un extranjero tenía que velar por su moralidad, con lo que justificaban la vigilancia que aquél ejercía, de paso, sobre los intereses de sus propios conciudadanos.

Así resume Manuel Márquez Sterling en *El cesarismo en Cuba*, el proceso de nuestra desintegración económica interior: «...[los cubanos] especulaban con sus propios manantiales de riqueza o vendían sus ingenios y sus tierras a las corporaciones norteamericanas invasoras. Y propendieron por igual, gobernantes y hacendados, a la consolidación del latifundio para empresas anónimas extranjeras». En otra parte esboza de este modo la trayectoria del descalabro bolsístico azucarero: en mayo de 1920 el precio es 22 centavos, en junio y julio dieciocho y medio y dieciséis y medio respectivamente; once centavos en agosto, siete centavos en octubre, cinco y cuarto centavos en noviembre y tres y tres cuarto en julio del año siguiente. En 1928, prosigue el escritor periodista con incisivo sentido de síntesis, las inversiones norteamericanas alcanzarán \$1 435 000 000, abarcando en esta suma sesenta por ciento de la industria azucarera. Señala, por otra parte, que los propios liberales, al interesar en la candidatura del partido a los magnates del azúcar, pensaban que la Enmienda velaría por la intangibilidad del sufragio, y postularon vice a Miguel Arango, miembro del trust Cuba Cane. Luego concluye que «los gobiernos interventores y los gobiernos criollos, han dejado la República sin conciencia política y sin ideología económica y social». En *Un cuarto de siglo de vida republicana*

Ramiro Guerra apunta que el estancamiento universitario se produce antes de superar la primera etapa esbozada por Varona durante la primera intervención, y que los institutos no han recibido la menor ampliación. En cuanto a la primera enseñanza, señala que existen menos escuelas proporcionalmente que veinte años antes. Así, pues, la crisis educacional había comenzado a producirse antes de que el manómetro de la Bolsa indicase la quiebra económica.

Con todo, en el orden material el progreso había sido considerable. Una vasta red ferroviaria comunicaba de punta a cabo la Isla, y los caminos habían aumentado según Ramiro Guerra, más de novecientos por ciento. Se construyeron acueductos y todos los grandes colosos azucareros de la envergadura de Jaronú, Cunagua y Delicias, estaban ya terminados antes de estallar la crisis de 1920. Mas, aunque parezca paradoja, bajo Zayas «los ingenios habían molido su caña con obreros que trabajaban por la merced única de la comida», para decirlo con las tajantes palabras de Márquez Sterling. Los trapiches de las empresas forasteras extraían de la caña el dulce zumo y sólo dejaban con el bagazo unos centavos para los cubanos; pero los primeros brotes de rebeldía estudiantil preludian ya el largo y convulso período de adolescencia republicana.

CAMBIO DE FRENTE

Cuando el péndulo llega al final de su oscilación emprende la carrera en sentido contrario. Su período tiene un límite irrebাসable, lo mismo que el aire su máximo grado de saturación. Hasta los buques que se hunden se detienen cuando llegan al fondo del mar. Pero los pueblos al igual que las personas no se extinguen pasivamente. La vida es lucha y todo ser o entidad viviente está sujeto a esa ley fundamental de la naturaleza. Así, como un enfermo que ha entrado en su fase crítica, el cubano, deprimido por la ola de pesimismo que le embargaba, comenzó a reaccionar. El fenómeno se debió, sin embargo, a la intervención de la juventud. Las capas más viejas de la población estaban definitivamente perdidas y serían segregadas poco a poco cual células muertas o como un cuerpo tóxico. El proceso habría de ser lento y penoso, pero inexorable, y al cabo la vida nacional les expulsaría, ya sea por inactivos o bien por nocivos. Porque, en efecto, tales elementos podían dividirse en dos grupos: los escépticos desengañados por los sucesivos descalabros de la independencia que flotaban inertes o expeliendo su pesimismo tóxico, y los cínicos que corrompían y devoraban el cuerpo como microorganismos letales. En cambio, la generación que había nacido con la república, o poco antes, tan sólo tenía noticias de las frustraciones pero palpaba las consecuencias psicológicas. Ocurría como con la generación europea que siguió a la primera postguerra, la cual conoció la existencia del conflicto sin participar en él, salvándose así

de la amargura y el desengaño que le hubiera producido el horror y la perversidad de la carnicería humana, de suerte que el hecho se alojaba en la conciencia sin hierirla de muerte. Mas, la experiencia de la guerra europea echaba por tierra una serie de mitos peligrosos, al paso que la Enmienda y la dependencia económica creaban un estado de cosas humillantes al par que estrangulador, sólo que los viejos lo consideraban inmovible en tanto que los jóvenes estaban dispuestos a remediarlo a toda costa.

La nueva generación venía con su decoro intacto y se indignaba cuando los mayores afirmaban sin empacho que deseaban la intervención extranjera. «Esto solamente los americanos pueden arreglarlo», decían con frecuencia. Pero los cubanos que vinieron al mundo con la independencia tenían fe en el destino de la república y en la capacidad del país de gobernarse a sí mismo. Por eso las manifestaciones estudiantiles constituyeron el primer síntoma de reacción salutar precisamente cuando el gobierno de Zayas sumía el país hasta el tope en la corrupción; y en la universidad habría de producirse uno de los principales brotes de rebeldía contra el régimen de Machado. Ello no acredita, sin embargo, la teoría orteguiana de las generaciones, por cuanto la quiebra de 1920 que propinó el golpe de gracia a los viejos y extravasó la copa del pesimismo pudo haber ocurrido años antes o después, sin contar que el movimiento renovador se extendería rápidamente a otras capas y edades bajo la acción catalizadora del machadato, contra el cual se aglutinó un verdadero frente único nacional. El hambre y la miseria agujonearon el sector obrero, donde las explosiones anarquizantes se trocaron en movimiento racionalmente organizado, de cariz socialista. Así, la corriente emancipadora habría de arrastrar casi toda la población, bajo la bandera antiimperialista.

El mundo entero devenía un afiebrado hervidero ideológico, y sus vapores invadían la gran antilla, suscitando nuevas inquietudes en todos los órdenes, incluyendo los de la ciencia, las letras y las artes. A la lectura de los consabidos naturalistas y realistas franceses se añadía la de Henri Barbusse y nacía un interés por autores norteamericanos, alemanes, españoles, rusos e ingleses. Entre los pintores, sin embargo, Francia seguía ejerciendo la principal atracción, incluso cada vez más exclusiva, y hacia la patria de Cezanne se dirigían quienes habrían de efectuar la renovación pictórica cubana. Este sobresalto nacional que suplanta en parte eso que Marinello llamó nuestro «fatalismo riente» constituye un testimonio irrecusable de vitalidad fecundadora. De no ser así, ¿hubiera emprendido Mañach en 1927 su *Indagación del choteo*?

EL PERFECTO FULANISTA

Con la eclosión de la república se planteó el problema de quiénes debían ser los llamados a dirigir la política del país. La cuestión no pareció difícil, al extremo que la opinión unánime ponía en manos de los veteranos de la gesta emancipadora esa alta y ardua misión. No sólo les correspondía ese honor por haber sido los artífices de la independencia, sino que el hecho mismo de haber participado voluntariosamente en la sangrienta cuanto tesonera acción liberadora daba fe de que poseían en grado sumo los sentimientos patrióticos requeridos para regir los destinos de una nación recién nacida, vacilante e inexperimentada. Era lógico que los hombres fraguados en la lucha y animados por el ideal revolucionario fuesen los más idóneos para encabezar la vida republicana. A la sazón se preveía que el veteranismo iba a constituir un monopolio de la cosa pública, del tipo oligárquico, del que quedaba excluido el resto de la ciudadanía; y que, más preocupado por mantener sus fueros que deseoso de propiciar el bien común, drenaría el Tesoro, a más de entorpecer el desenvolvimiento social y económico. En su sagaz *Manual del perfecto fulanista*, escrito en 1914 y publicado en 1916, José Antonio Ramos también reconocía que en el campo de batalla se había hecho una selección de los patriotas más decididos, pero al propio tiempo aclaraba que se requerían, además, otras dotes. Y es que ya se habían producido ingentes malversaciones y escándalos públicos tales como el de los cheques en blanco de Don Tomás, el

del arsenal y el del dragado, los cuales delataban la baja condición moral de algunos de los más sonados héroes de la manigua. Por otra parte, Cuba, necesitada de hombres capaces, pasaba la esponja sobre el pasado, invitando a colaborar desde el poder a los personajes más señalados que, dentro del autonomismo, habían permanecido del lado de España hasta el último día de la colonia.

Asombra por igual la rapidez con que se formó la casta de políticos y la perspicacia con que José Antonio Ramos en tan temprana época perfila los arquetipos que se han mantenido hasta el presente con ligeras variantes. El fulano es el cacique, por aquel entonces, de abolengo y ejecutoria mambí. Los fulanistas son sus secuaces, tales como miguelistas, menocalistas, zayistas, o los tantos «istas» que aún perduran en el cincuentenario de la república. El *muñecón*, especie de segundón, equivale al *cachanchán* de ahora, y el *sargento*, de categoría más modesta, es el agente de barrio, que todavía conserva igual denominación. El autor del mencionado ensayo de sociología política, afirma que, aunque diezmada por las revoluciones, existía en Cuba una verdadera aristocracia, creada por la más brillante inteligencia, de innata decencia y fuerza de espíritu, que, diseminada por los distintos partidos, era la que, en última instancia, gobernaba y dirigía, coyuntura que, desde la revolución de 1933, ha cambiado radicalmente. Por otra parte estima el ensayista que el fulanista, con todos sus inconvenientes, representa la única superioridad de la raza hispanoamericana sobre su pueblo matriz, entonces entregado a un bizantinismo enervante por no tener verdaderos fulanos, ídolos populares capaces de sacudir el marasmo producido por la excesiva duración de las tradiciones. Ello no impedía que para ser electo fuese necesario afectar, aunque no se sintiese, cierta chabacanería, porque «entre

nosotros nada hay que se pague tan caro como un gesto de orgullo». Más adelante señala que en el elemento director de la clase civil entraban múltiples factores, procedentes unos del primericio partido revolucionario cubano y otros, de los adictos tácita o expresamente al gobierno metropolitano español, constituyendo todos ellos una élite intelectual, con letrados distinguidos, dado que el derecho fue siempre la profesión predilecta de las familias patricias cubanas. Después el autor lamenta la ruina infligida a los sectores más dignos de las clases adineradas criollas, por las distintas guerras de emancipación; y condena el ausentismo de los terratenientes y propietarios que salvaron sus bienes y que disfrutaron de sus rentas en el extranjero, desinteresándose de la suerte de Cuba. Luego contrasta esta actitud con el patriotismo de las clases trabajadoras. Coincidiendo con Julio Villoldo, denuncia el egoísmo y el desinterés por la política que la madre cubana, con su exceso de mimos, inculca en los hijos. En este aspecto, empero, con el crecimiento de la clase media y la revolución de 1933, se operará una mejora considerable, pese al retraimiento de los sectores más limpios de la aristocracia mambisa y al deterioro de los políticamente activos, y no obstante el vergonzoso derrumbe de la llamada generación del 30, sucesora de la oligarquía política de la primera etapa republicana. Con todo, la reacción regeneradora espiga bajo el gobierno de Zayas, con el movimiento juvenil y patriótico capitaneado por Martínez Villena.

Demuestra José Antonio Ramos cómo la política electorera fomenta el egoísmo de las masas. El aspirante adula a tal extremo que el elector se siente solicitado y disputado, olvidando que el sufragio es un deber y que su voto entraña una responsabilidad, y comienza a creer que el mismo es una cosa negociable que tiene derecho a vender o cambiar por una promesa de beneficio directo para sí. Por

otra parte, los políticos no se dedican a darse prestigio a sí mismos sino a desacreditar al adversario, degradando de esta suerte todo el proceso. El ensayista vislumbra en la empleomanía, ya muy crecida en 1914, un pródromo del socialismo estatal. No cabe duda de que el tiempo ha confirmado la certeza de tales apreciaciones.

LA ECLOSIÓN DEL MACHADATO

La eclosión del sombrío y angustioso régimen de Gerardo Machado se produce, hasta cierto punto, y valga la paradoja, con la anuencia del público. En todo caso, su programa inicial de regeneración concretado en el famoso cuanto cautivador trinomio «agua, caminos y escuelas» respondía a un profundo anhelo de la población. Es decir que, pese a la apatía o inconciencia política de las capas populares, depauperadas pero sedientas de diversión y poseídas de creencias supersticiosas, que Félix Soloni presenta en sus novelas, y el pesimismo de los desengañados por el deterioro de la república, aún ardía en muchos pechos la llama del patriotismo y la esperanza de renovar al país. Una prueba palmaria la ofrece el entusiasmo multitudinario que acogió la toma de posesión del nuevo presidente, el 20 de mayo de 1925. El propio Machado lo sabía mejor que nadie, y hubo de sacarle el máximo partido a la coyuntura, aunque no acertó en el cálculo de su coeficiente de resistencia, en parte a causa de la cortina de humo levantada por los consabidos turiferarios aprovechados y consejeros intelectuales del tirano. Con todo, fue merced a ese estado de opinión que pudo desbrozar el camino hacia la prórroga de poderes, la cual empezó a inquietar al principio tan sólo a los espíritus avisados que recelan, ¡ay! con razón, de tales reformas en países hispanoamericanos. Pero el futuro dictador había sabido ganar a su causa una buena porción de

indiferentes, mediante el mirífico proyecto de la carretera central que uniría al resto del país numerosos puntos incomunicados, colocando en los mercados gran copia de frutos perdidos en el campo a causa de la falta de transporte, y abaratándolos gracias a la competencia con los ferrocarriles cuyo indisputado imperio les había permitido mantener los fletes más elevados del mundo. Añádanse a esto las proezas de ingeniería civil realizadas por Carlos Miguel de Céspedes, quien en un abrir y cerrar de ojos restituía la fisonomía de la capital devastada por el ciclón de 1926 o trazaba una nueva avenida en su centro; y se comprenderá el deslumbramiento del público, ingenuo aún, que le motejaba «El Dinámico».

Enrique III impuso el papa Clemente II y luego se hizo coronar por él; Napoleón fue más expedito y se ciñó él mismo la corona, y Mussolini puso en escena la marcha sobre Roma para simular una revolución, pero Machado quiso perpetuarse en el poder paso a paso, con medios aparentemente legales, lo cual delata cierto respeto para la opinión cubana que, por lo visto, no hubiera tolerado un vulgar cuartelazo, malgrado su «fatalismo riente». Las mismas elecciones en que triunfó fueron las más honradas que se habían efectuado hasta entonces, y Gonzalo de Quesada Miranda ha consignado cómo Rafael Iturralde, el ministro de gobernación que las supervisó, podía ufanarse, no sin razón, de que aquellos fueron los primeros comicios realizados en Cuba cuyos resultados se daban a conocer con bastante exactitud la noche misma del día en que se celebraran. Desde luego que reinaba todavía el caudillismo político, pero lo cierto es que entró en juego más de parte de Menocal que de Machado, cuya candidatura se debió a las hábiles maniobras de sus adictos, las cuales vencieron la popularidad con que le aventajaba Mendieta, su contendiente dentro del Partido Liberal que, por otra parte, aureolaban largos años de oposición.

El progreso material repercutía en la vida cotidiana y alteraba los conceptos. El transporte motorizado se había impuesto por completo después de la primera guerra mundial, que en las calles de La Habana se libró entre la tracción animal y la mecanizada, vale decir entre «aliados» y «alemanes», conforme los denominaba el vulgo. Y efectivamente, en las novelas de Raimundo Cabrera se habla sólo de coches, los cuales predominan, asimismo, en *Las honradas*, de Carrión pero no en *Las impuras*; en la mayor parte de las obras de Loveira coexisten coches y automóviles, mientras que en *La última lección* hay no más que automóviles. Al propio tiempo, decaía la enseñanza y aumentaba la proporción de analfabetos, después de la mejora registrada en las postrimerías del gobierno de Magoon. Por otra parte, existían indicios que acreditaban la madurez política de ciertos sectores intelectuales y estudiantiles, cuales son el manifiesto del Grupo Minorista y la renuncia de la juventud a volver a la Constitución de 1901 y al estado de cosas de 1925, según lo preconizaban los viejos políticos de las tendencias de Mendieta y Menocal. Lo que hizo, pues, el régimen sangriento y contradictorio de Machado —el nacionalista que pagaba las deudas al extranjero aun a costa del hambre de su pueblo y el antiimperialista que abría los brazos a la injerencia para luego cerrarlos— es seducir primero con su programa y catalizar después el proceso ideológico cubano.

LA VIDA POPULAR

Echemos una mirada a esa corriente cálida e impetuosa que anima y colorea el rostro de la república. Dejemos la élite del cerebro y veamos circular esa sangre hervorosa que nutre y renueva, sin la cual las instituciones estructurales de la nación serían no más que cuerpo muerto. Para conocer algo de ese substrato inquieto y vivificante tal como lucía en 1925, permitamos que Félix Soloni nos muestre un atisbo con su *Mersé*. En el barullo de la calle los vendedores ambulantes pregonan sus mercancías: helados, viandas, fritas, churros y tamales que «pican y no pican». Por las aceras transita un gentío policromo, en tanto que conversan las comadres y las compradoras regatean. En la algarabía del patio hormigean los chiquillos y las lavanderas se inclinan sobre sus bateas, frotando y hundiendo la ropa en espumosa agua con fuerte olor a jabón. Dos hileras de puertas entreabiertas muestran habitaciones encaladas con la deprimente uniformidad de su pobreza mobiliaria, perfilada contra la desértica blancura de las paredes que sólo interrumpen algunos oasis de fotografías de artistas de cine y peloteros y mugrientos cromos chillones. Tufos de cocina flotan entre las colgaduras de ropa mojada. En un cuarto sencillo pero sobrio, donde un crucifijo de pasta sustituye la habitual herradura, Candelaria, la madre de la linda Mersé, pasa muchas horas rezando mientras su hija borda y cose para una fiel y selecta clientela, desde que su madre no pudo seguir trabajando en la casa de los Zarzas. Son de color, deseosas de

superarse y vivir con decoro, pero ciertas vecinas envidiosas las difaman y hacen circular rumores insidiosos sobre ellas. La misma que roba un pomo de esencia al chino vendedor ambulante de perfumes, es una de las más pertinaces difusoras de chismes. Soledad, la hermana de Candelaria, vive con su marido, que conoció la esclavitud, y sus dos hijas, Charo y Clemencia, en un suburbio obrero. Pero ella y los suyos son espiritistas. «Mi hermana cree en los santos y yo en los seres», dice. Además, pese a sus años, todavía le gusta bailar, sólo que ahora la música americana está desplazando el danzón... Pero si bien el fox-trot invadía, no ya nuestra isla, sino el mundo entero, los ritmos afrocubanos resurgirían muy pronto al socaire de la revolución nacional antiimperialista, para difundirse en escala universal.

El autor presenta algunas instantáneas de la bohemia periodística rozando las capas populares en las faenas reporteriles de las casas de socorro y en reuniones amenizadas por el guitarrista cancionero *Tata Villegas*, de la camada de Manuel Corona, *Pancho Majagua* y otros cuya presencia corpórea en las fiestas también habría de ser rápidamente suplantada por la radio. Candelaria muere y su velorio se efectúa en el solar, acto que desde entonces la costumbre ha transferido a la funeraria, al menos en las grandes ciudades; y los cirios naturales han sido reemplazados así mismo por las bombillas eléctricas. El peninsular don Pepe, a la vez dueño y encargado del solar, actuaba de maestro de ceremonias vistiendo un traje de alpaca negra, en tanto que los periodistas de la casa de socorro aprovechaban la ocasión para hacer conquistas fáciles. Cuando los chiquillos alborotaban se les amonestaba así: «Muchachos, respeten, que hay un *cadavre*.» La espiritista Soledad y sus dos hijas llegan vestidas de blanco con cinturón negro, y aquélla rompe a llorar pero, al llamarle la atención una de és-

tas, se contiene musitando: «Es verdad, no debemos llorar por los que desencarnan», lo cual hace fruncir el ceño a doña Clarita, miembro, como la difunta, de la archicofradía de San Nicolás. Petronila la chismosa sirve el café.

Mientras tanto, don Pedro Zarzas, bodeguero gallego que llegó a ser dueño del ingenio que luego vendió a peso de oro a una compañía americana, se había negado a permitir que su hija Cuca se casara con Ernesto, cuyo padre, colono, quedó arruinado por la moratoria de 1920. Al quedar huérfana, Mersé pasó breve tiempo en la casa de ese ricachón, donde su madre había trabajado como doméstica. Luego irá a vivir con su tía Soledad, pero incompatibilidades de gusto, naturaleza y creencias no tardarían en crearle una situación penosa. Tras de su recatado comportamiento en el baile de la Tutelar, sus primas le tildan de aguafiestas, y desde entonces se la mira con creciente sorna. Así, en la peregrinación de San Lázaro, descrita con donoso realismo, al cruzarse con doña Clarita, creyendo que es su madre quien se la envía desde el cielo, resuelve dirigirse a ella en busca de ayuda como miembro de la archicofradía de San Nicolás, lo cual consigue. Instalada ya por su propia cuenta como próspera modista, compromete, movida por su agradecimiento a Cuca, su propia honra para encubrir la deshonor de ésta. Una noche, tras de absorber una dosis excesiva de veronal, muere en la casa de socorro, atendida por Ernesto, a quien adora, siendo correspondida. Tal parece que el autor recurre a este desenlace para soslayar el obstáculo que el prejuicio racial levanta frente al matrimonio.

LA VIDA DE LAS OBRERAS

La industria ligera nacional fue insignificante hasta cuando el régimen de Machado aceleró su desarrollo. La mano de obra femenina estaba confinada casi exclusivamente a la fábrica de cigarros y la servidumbre doméstica, y con la república la mujer obtuvo un creciente acceso a la burocracia, al mostrador y a las profesiones, hasta alcanzar progresivamente, a partir de la revolución de 1933, su presente total equiparación con el hombre. Desde luego que siempre mantuvo sus fueros en el campo de la costura, pero gran parte de este trabajo se hacía en la casa, sin contar que incluso en el giro de las confecciones el país dependía, hasta cierto punto, de la importación. Con todo, la expansión gradual de un escaso número de manufacturas le abrió algunas puertas más. De uno de estos renglones, el de la litografía, trata una novela de Félix Soloni. Se intitula *Virulilla* y ocurre en 1926, o sea en el umbral del primer período de Machado. Menos colorista que *Mersé*, delata un mayor dominio del oficio, y en vez de mostrar un diorama popular, se restringe más a un solo sector. En ambos casos asoman por doquier las duras aristas del torvo rostro de la miseria, pero el buen humor criollo ilumina y colorea las tinieblas, como ocurre en *El conventillo* del brasileño Luis de Azevedo. Nada de sombríos abismos desoladores. La narración está conducida con donosura y humorismo de matiz local, sin soslayar empero la triste realidad, y los personajes se comportan con el alegre estoicismo y el «fatalismo riente» tan peculiares del pueblo cu-

bano, siempre reacio a la seriedad. La nota retozona del choete estalla en los instantes más deprimentes. Soloni escribe sin pretensiones, como si temiese lucir grave y encopetado, obedeciendo a ese pudor del cubano ante lo trascendental, que le inclina a tomarlo todo a chacota. Desciende familiarmente a los sumideros de la pobreza, describiendo con llaneza las privaciones y las angustias, pero descubriendo aquí y allá un rayo de luz, un sentimiento delicado en las almas sencillas revestidas de simple ropaje.

De hecho, *Virulilla* no pasa de ser una novela rosada, pero transida de realidad observada con puntería, en la que el príncipe, un señor ventrudo y canoso, si bien no llena por completo su cometido, proporciona a la heroína una felicidad parcial, levemente teñida de melancolía. Viudo, padre de dos muchachas adolescentes, curtido, condueño de la litografía en que ella trabaja, la rescata de la penuria haciéndola su esposa. El remoquete «Virulilla», significa jovenzuela barrioter, liviana y poco cuidadosa de su reputación, aunque no siempre pecadora, amante de los bailes y las diversiones, poco escrupulosa en cuanto a sus amistades masculinas. El apodo resultaría un maligno sarcasmo, si no dimanara de una metáfora basada en la etimología del término, el cual se aplicaba a los viejos sombreros de paja que se pintaban de negro para ahorrar la compra de uno nuevo, en el período precario que siguió al de «las vacas gordas», fenecido en 1920. Por analogía se le impuso a la joven el día que entró por primera vez en el taller de litografía, pues llevaba, con motivo de la reciente muerte de su padre, un desvaído vestido negro. Su hermana mayor, Yoya, no podía ya contribuir al sostén de la familia, porque estaba tísica, recluida en el sanatorio La Esperanza, donde había logrado ingresar tras de largas y penosas gestiones. Huérfana, ahora ella tenía que mantener a un hermano poltrón y a su hermanita, Beba.

Una mañana, el troquel que acortaba corazones de papel dorado le troncha el anular izquierdo, invalidándola por algún tiempo. La compañera Leocadia, cuarentona líder feminista, hace una colecta entre el personal. Juanelo, el alcahuete que consigue las obreritas más hermosas para el patrón, ofrece la generosa protección de éste. Beba sustituye a su hermana en el trabajo. Ya no tenían que pedir fiado al bodeguero, ni nuevos plazos al casero, y pudieron abandonar la promiscuidad de la habitación compartida por el hermano y las hermanas, mudándose a una casita.

Virulilla vivió unas semanas embargada por la ansiedad de la convalecencia, la angustia de no quedar capacitada para sostener a la familia y fugaces sueños de que un día el amor quizá la visitaría, impartiendo plenitud y un nuevo sentido a su pobre existencia. De improviso, surge la hollywoodesca proposición matrimonial de su patrón, libertino arrepentido, necesitado de cariño auténtico. Desconcierto, vacilaciones, temores. Al cabo, Virulilla, pensando en el bienestar de los suyos, accede. Después del suicidio de su esposo, atosigado y dolorido por el desliz de una hija, su amor verdadero pero imposible se le declara. Mas, ella le rechaza y él le introduce la sortija en el anular de la derecha, el de la amistad, en vez del izquierdo, inexistente. La tercera dimensión de este cuadro de la vida de las obreras es escasa, pero no poseemos otro, ya que *El dios maltrecho* de J. F. Esares Don se pierde con su despalilladora en una interminable jornada sentimental.

TRANSCULTURACIÓN

Los negros siguieron siendo considerados no más que como fuerza de trabajo aun después de la abolición de la esclavitud, pese a su participación efectiva en las guerras de independencia. En las primeras dos décadas de la república eran vistos, incluso por buena parte de los intelectuales más liberales, como un grupo etnográfico extraño que podía devenir peligroso. Se les restringió tácitamente el acceso a la vida política, desde donde Morúa Delgado y Juan Gualberto Gómez ejercieron un sabio influjo, propiciando el acercamiento y, especialmente en el segundo caso, protección a sus hermanos de raza. Quienes deseen ampliar sus conocimientos en este campo pueden remitirse a las obras de autores como Horrego, Costa y Portuondo, toda vez que el proceso cultural de la república es lo que nos interesa aquí. El primero en ocuparse de la cuestión racial desde ese ángulo es Fernando Ortiz, cuya tarea indagatoria al respecto no ha sido igualada en vastedad y alimento. Llegó al tema por el doble camino de la sociología y la criminología, empezando antes por aquél. Efectivamente, cuando preparaba su doctorado en derecho, en Madrid, Aguilaniedo y Constanancio Bernardo Quirós, a quien conocía, publicaron con inusitado éxito un libro sobre la mala vida en la capital, obra que el estudiante cubano leyó con fruición, le hizo pensar que una análoga sobre La Habana tendría igual acogida. Volvió a Cuba finalizando el siglo, y enseguida se

dio al trabajo que se había propuesto, con lo cual se puso en contacto con la depauperada población de color, cuya situación económica era prácticamente la misma que en tiempos de la esclavitud. Interesáronle sus ritos y costumbres, pero encontró que no había nada escrito sobre los mismos. Tan sólo existían los trabajos de Nina Rodríguez con relación al Brasil, país menos rico que el nuestro en folklore africano, pese a su enorme extensión. Como penalista, Ortiz no tardó en vislumbrar un terreno fértil para la criminología aplicada a los complejos sicológicos raciales y a ciertos sacrificios taumatúrgicos.

Había descubierto un mundo social, misterioso y alucinante, pletórico de arte y ritos sugestivos, más puros y variados que en el propio Haití, aislado de sus fuentes y cuya extracción etnográfica estuvo limitada casi exclusivamente al Congo y el Dahomey, al paso que Cuba seguía recibiendo esclavos procedentes de distintas partes de África, afluencia que alimentaba y mantenía vivas las respectivas tradiciones, a despecho de la vigilancia oficial. Los hacendados no miraban con buenos ojos la injerencia de las autoridades coloniales y clericales, prefiriendo que no se trastornase en demasía la existencia de los esclavos fuera del trabajo, interviniendo en sus costumbres. Al socaire de tales circunstancias, y con la insólita capacidad de adaptación de los negros, éstos volcaron muchas de sus creencias en los moldes de la religión de sus amos, lo cual constituye un frecuente fenómeno de transculturación, ciencia fundada por Fernando Ortiz; corroborando al mismo tiempo la teoría de que existen numerosos factores comunes a todas las religiones, especialmente en lo tocante a los elementos de la naturaleza. Pero no bien comenzó sus pesquisas, el joven investigador se halló frente a un intrincado dédalo de rutas llamadas lingüística, mitología, historia, etnografía, estética, antropología —la viviente a más de la física—, etcétera, etcétera. Así, a medida que se pertrechaba de conocimientos en tales materias genéri-

cas, se adentraba en la selva virgen afrocubana, columbrando con asombro un inmenso acervo de leyendas, formas musicales, bailes, pantomimas, sistemas sociales, inquietantes evocaciones prehistóricas y ritos y liturgia de sugestivo simbolismo; topándose asimismo con herméticas cuanto poderosas organizaciones locales, entre las que se destaca el ñañiguismo, especie de masonería con análogas miras políticas, sobre la cual no hay aún nada escrito.

Con todo, no se trataba únicamente del proceso de transculturación de la raza negra, con su angustiosa y a veces dramática incorporación al nuevo medio, erizado de penosas cuanto sutiles contingencias sociales; sino de la aportación de dicho núcleo etnográfico al país de adopción forzosa. Su influjo no podía menos de ser considerable, por cuanto la lactancia y el cuidado de casi todos los niños blancos de la época de la colonia se encomendaban a las negras, madres de tan singular ternura y devoción que en el Brasil se les ha erigido un monumento y que en el sur de los Estados Unidos, no obstante sus crudos sentimientos racistas, se les confiere el afectuoso apelativo de *mammy*. Aparte del ostensible efecto sobre el léxico y la música, la dilatada presencia de las razas africanas ha repercutido en las creencias, supersticiones, costumbres, carácter y temperamento nacionales, impartiendo al cubano esa mezcla de espontaneidad, despreocupación, alegría y humorismo burlón y mímico, así como la excepcional capacidad de adaptación, que le distinguen de todos sus hermanos del continente. Su papel en la formación del sentimiento nacional no es desdeñable, como lo acreditan manifestaciones tan palpables como el desplazamiento del vals y el fox-trot por los bailes afrocubanos durante los primeros años del machadato; y al través de la enorme infiltración en la vida popular y del extenso mestizaje de las clases trabajadoras, conforme puede

apreciarse en *Mersé* de Félix Soloni. Es de esperar que en un futuro próximo se borren los resentimientos legados por la esclavitud y atizados por la discriminación, con su secuela de complejos de inferioridad; al par que las neurosis suscitadas por los conflictos entre la contención impuesta por el loable deseo de superación y la necesidad de dar libre expresión a los impulsos naturales de la raza y los rezagos de sus tradiciones.

EL CHOTEO

El choteo responde, tal vez, a una característica innata del pueblo cubano. Pero como fenómeno sicosocial, su agudización en determinado período de nuestro siglo parece obedecer a un estado de ánimo provocado por motivos históricos los cuales, por su pertenencia a una fase de nuestra vida republicana, solicitan aquí una atención particular e insoslayable. El tema había sido tocado ya con puntería por José Manuel Poveda en el tercer lustro republicano, incidiendo en algunos puntos ampliados y ahondados más tarde por Mañach. Por ese motivo y por la confirmación de las implicaciones históricas que señalaremos más adelante, entresacamos de un artículo suyo del *Heraldo de Cuba* algunas apreciaciones significativas, especialmente por su coloración pesimista. Helas aquí: «Parece lógico que empezáramos... por fijar la atención en el modo como ríe el verso cubano, los temas que provocaron su risa, y hasta las bocas con las cuales ríe. No, desde luego, para hacerlo callar —demasiado faltos estamos de alegría—, sino para ennoblecer su risa, y acaso para enseñarle qué cosas son las que merecen un gesto distinto.» «La falta de conciencia nacional da sitio al tendencioso deletéreo que opone a lo ideal una sonrisa. ...Cuando una voz invita a horadar el obstáculo imprevisto, sonreímos, y nos vamos de tangencia. Las arengas son *obra*, las recriminaciones son *boberas*, la claudicación fácil marcha al grito de *arriba con el himno*. Poner en solfa las virtudes es lo viril, o una chanzoneta mal intencionada, y cuan-

do no una pornografía, son las dos notas humorísticas más socorridas.» «Es que el verso drolático se ríe del verso noble, del rico, del serio, del triste, ...prendiéndole *rabos* y sonándole *trompetillas*.»

La sagaz y medular *Indagación* de Jorge Mañach, pese a ciertas facetas importantes que pasa por alto, es sin disputa el más acabado trabajo sobre la materia y acaso el más profundo y enjundioso de ese ensayista. El autor, coincidiendo con Poveda, comienza por revelar el aspecto peyorativo, el cual imparte la tónica general de la interpretación, pese a ciertas salvedades ulteriores. «El choteo», empieza diciendo, «—cosa familiar menuda y festiva— es una forma de relación que consideramos típicamente cubana ...fenómeno psicosocial tan lamentado». Luego se refiere a la definición del hombre de la calle, «no tomar nada en serio», para fundamentar su opinión en lo tocante al carácter frívolo del choteo. Añade que es cosa habitual y sistemática en el cubano que revela una postura de constante oposicionismo, encaminada a crear «ambientes de libertinaje frente a la autoridad». Aclara que quienes más acostumbran recurrir al choteo son «dotados casi invariablemente de una educación elementalísima... desconocen todas las dignidades y proezas del espíritu; empedernidos de sensibilidad... Son los negadores profesionales, los descreídos a ultranza, los egoístas máximos, inaccesibles a otra emoción seria que no sea la de rango animal... y cuando les habláis de patria, de hogar, probidad o de cultura, urgen una cuchufleta y os dicen a lo sumo, que todo eso es “romanticismo”». Más adelante el ensayista recapacita mitigando el rigor de sus reproches, y señala que «parece que hay un choteo ligero, sano, casi puramente exterior, que obedece principalmente a vicios o faltas de atención derivadas de la misma psicología criolla, y otro choteo que pudiéramos llamar profundo

y escéptico, perversión del anterior y originado en una verdadera quiebra del sentido de autoridad que antes analizábamos». Esta apreciación corrobora la existencia en la época colonial de un espíritu humorístico parecido que, a nuestro entender, se corrompe con el advenimiento de la república y sus frustraciones. Y en efecto, añade el propio Mañach, «la burla es un subterfugio ante el fuerte», lo cual permite suponer que el criollo se valía de la misma para denigrar la opresión española.

Por otra parte afirma que «es un acto fundamentalmente egoísta o irreflexivo, mediante el cual el choteador parece reírse con el solo fin de estar alegre... lo peligroso es que con frecuencia tiene por objeto una víctima». Ello nos da pie para sostener que el humorismo de elevada intención política ha sido degradado por el veneno amargo de los desengaños de la independencia, convirtiéndola en instrumento utilizado por personas de baja estofa, deseosas de volcar su rencor sobre sus semejantes. Por desgracia los demás se han valido inocentemente del mismo medio como válvula de escape, sin hacerse cargo del daño que infligen, movidos por la necesidad de «hacer de tripas corazón».

Afirma Mañach que el choteo es enemigo del orden y la negación de la jerarquía, apoyándose en la teoría de lo cómico desarrollada por Bergson en su conocido ensayo sobre la risa. También podía haberse acogido al viejo concepto de la dignidad caída. Por otra parte, pasando a la provincia de la sicología, se refiere con mucho tino a Scheler, citando textualmente estas palabras alusivas a la burla: «descarga que elimina esa dinamita psíquica que se llama resentimiento»; pero declara que el resentimiento y el rencor no son característicos del choteo. Cabe suponer, por consiguiente, que se trata de una postura que ha devenido hábito. Lo que al principio era un medio de legítima defensa contra un orden opresor, se convierte en actitud negativa ante

las deficiencias republicanas, que se extiende a todos los demás órdenes de la existencia. Hemos vuelto a tocar esa tecla porque da la nota que más suena en el estado de ánimo imperante a un momento dado de nuestra historia independiente, tanto que los mismos Mañach y Poveda concuerdan en lo tocante al escepticismo burlón del cubano frente a instituciones como la nación y el hogar.

En *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba* ofrece Fernando Ortiz algunas observaciones útiles para la determinación de ciertos ingredientes y manantiales de nuestro humorismo. «En los cantos pantomímicos se reflejan los sucesos interesantes de la vida cotidiana... y en ellos es donde fluye la admirable inspiración satírica y burlona, choteadora de los negros.» «El negro es el ser humano que más y mejor sabe reír» afirma, y luego cita al respecto esta apreciación de Frobenius: «Un humor brotado de un sentimiento muy profundo constituye un elemento fundamental de la espiritualidad africana... Quien tiene las emociones vivas se olvida pronto. Entre dos terrores se canta y baila...y se ríe. Se ríe de todo... Hasta del juez se burlan, hallándole ridiculeces.» Seguidamente agrega por su cuenta Fernando Ortiz: «Los negros se ríen y se burlan, por eso son maestros en la sátira. Son los manantiales del choteo, de esa catarata de ingenio que refresca los sofocos de las gentes tropicales mucho más que las brisas mareras. Su inextinguible buen humor y su espíritu burlesco, que le ayudan a defenderse contra los desajustes sociales y las inclemencias de la vida, se traducen en todo momento por una desbordada afluencia satírica, que a veces llega a sarcástica...» No puede ponerse en duda la existencia de este elemento sano a la raíz del choteo, pervertido luego por las circunstancias. La desmoralización es a la vez causa y efecto del choteo, término que, según apunta Mañach, equivale a

«desprestigio»; y este desprestigio o *choteo* de los valores dimana del descrédito general de las instituciones reverenciadas. El negro tiene la simpática capacidad de burlarse hasta de sí mismo, con la que se ha contagiado el cubano blanco, y esta inclinación se ha extendido al plano nacional a consecuencia de la defraudación republicana, agravada bajo la presidencia de Zayas. Nótese que la *Indagación* de Mañach se efectúa a comienzos del machadato, en 1927, y en este sentido son muy significativos estos dos juicios emitidos en el umbral de la dictadura: «la rebeldía produjo la República; la adulación... la guataquería»; añadiendo que el espíritu de independencia se exterioriza en una burla de toda forma no imperativa de autoridad.

La familiaridad, el chiqueo, la nivelación y el igualitarismo propios del *choteo*, señalados por el ensayista, nacieron sin duda de la convivencia en el barracón de los esclavos a la que se acercaron los demás cubanos para volverse contra el enemigo común. Mañach achaca la autoburla a nuestra debilidad como nación, pero sería más exacto atribuirla al desprestigio de nuestras instituciones republicanas y sus jerarcas, que ya vislumbraba Raimundo Cabrera en *Sombras que pasan*. Recuérdese que el cubano había pasado por los desengaños de la Enmienda, las bases carboneras, el Tratado de Reciprocidad, las intervenciones directas e indirectas, el derrumbe económico y la corrupción de sus adalides políticos, de suerte que la degradación actuaba más que la debilidad. Eso sí, como país pequeño que somos, todos nos conocemos y soportamos mal los alardes de los impostores. De allí la terrible eficacia del *choteo* para poner al desnudo la pobre verdad de cuantos se cubren de fingida grandeza, y, como apunta Mañach, la autoridad falseada exaspera al criollo. Fuimos hermanos más o menos bien llevados cuando sufrimos la opresión colonial y lo segui-

mos siendo en presencia de la corrupción, de suerte que nada puede ocultárse nos. El propio ensayista insinúa que el choteo amaina bajo la dictadura, pero el régimen de Machado se encargó de desmentirlo, al extremo que el mismo resulta temible tanto para el almacenista español como para el politicastro o el aspirante a tirano del patio. Acaso tiene más razón cuando afirma que con el advenimiento de la república la restauración económica fue tan rápida y pingüe que se creó pronto una atmósfera de venturina propicia al choteo. Este se mantuvo, no obstante, al través del período de miseria.

a España, donde permanece hasta 1908, para pasar luego unos años como diplomático en Suramérica, ausentismo que amplía la brecha que le separa de su país. Adversario del patrón constitucional norteamericano, al condenar desde la Península la intervención de 1906, su criterio íntimo está más próximo al de Saco que al de un separatista.

Expresa así su postura conservadora: «La patología social registra en nuestra época dos mortíferos morbos que no se han dado en ningún otro tiempo: el odio a todo lo antiguo y el amor apasionado a todo lo nuevo... son dos extravíos mentales que se corresponden y combinan en el espíritu moderno.» Yerra ostensiblemente al enjuiciar el derrocamiento de Machado y el sentido profundo del movimiento revolucionario que tuvo tal culminación se le escapa, conforme se desprende de los siguientes asertos: «La insurrección que entonces se produjo no se inició contra la Constitución, sino contra la tiranía. No era

aquella la causa de los desmanes que soliviantaron al pueblo. El esfuerzo cívico se encaminaba a deponer al dictador, y no más. Pero los intereses de partido aspiraron a teñir de revolucionario, es decir de reformador radicalismo, el movimiento insurgente, y se habló del cambio de régimen, palabra equívoca en aquellos momentos...» Con frecuencia se lamenta de la condición del hombre moderno, «amante de la fuerza» o que «se convierte en esclavo»; y se muestra contrario a las exacciones para sostener las medidas de protección social. Por otra parte, afirma que «...la democracia tiene defectos y peligros considerables, y el mayor de ellos es la tendencia latente... a la demagogia... la desorbitación del principio de igualdad humana que lleva a la abolición de las jerarquías y la inevitable impureza del sufragio universal, en ninguna parte limpio y honesto, porque no puede serlo ninguna operación en que toman parte igual todos los ciudadanos, sea cual fuere el nivel moral de cada uno. Proclividad tan funesta sólo puede contrarrestarse eficazmente con un escrupuloso sistema electivo, que confía el desempeño de los altos cargos de poder y mando a ciudadanos que merezcan ser clasificados entre los mejores. Así se formaría una verdadera aristocracia...» Lo que propugna es, en suma, el sufragio preferencial.

Su ideología pertenece más al moderado republicanismo democristiano europeo, que al espíritu americano. «Este régimen mixto de democracia y aristocracia tiene su nombre clásico, que ya no circula en el lenguaje de la política porque lo ha puesto en desuso el olvido de la idea que significa el arrumbado vocablo. Es el régimen que preconizó Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII.» Al propio tiempo sugiere la necesidad de medidas de contención, so pretexto de que los periódicos pueden ser portadores de «ideas infecciosas e impulsos siniestros». Lo cierto es que, a despecho de su vasta y conceptuosa cultura, Mariano Aramburo

no supo aprehender, en el sucio hollín de la corrupción que inficiona nuestra atmósfera política, la verdadera fisonomía de la república que se está gestando trabajosamente desde la independencia. Murió en 1942, completamente fuera del tiempo y del ambiente.